

RESEÑAS

Tzvetan Todorov, *Insumisos*, 2016, Barcelona, Galaxia Gutenberg, trad. de Noemí Sobregués, 218 pp.

RECEPCIÓN: 28 de noviembre de 2017.

APROBACIÓN: 18 de enero de 2018.

El año 2017 se inició con la lamentable desaparición de dos grandes pensadores de la modernidad, procedentes de diferentes países, que desarrollaron su pensamiento y su obra bajo otros cielos a los que los vieron nacer y que realizaron investigaciones que marcan profundamente nuestro tiempo. El primero, Zygmunt Bauman, nacido en Poznan, Polonia, en 1925, sufrió la intolerancia y los horrores de un antisemitismo que lo obligó a abandonar su cátedra en la Universidad de Varsovia y posteriormente a exiliarse en Tel-Aviv, que dejó cuando le fue ofrecida la posibilidad de enseñar en la Universidad de Leeds, en Inglaterra. Ahí falleció el 9 de enero de 2017. El segundo pensador es Tzvetan Todorov, nacido en Sofía, Bulgaria, en 1939, y educado en el sistema comunista. En 1963, Todorov abandonó su país de origen traumatizado por el régimen imperante y se dirigió a París, en principio para una estancia de un año, pero ahí se quedó hasta su muerte, ocurrida el 7 de febrero de 2017, después de haber enseñado en Yale, Harvard y Berkeley.

De los numerosos rasgos comunes que existen entre estos pensadores resaltan la constante movilidad en su vida y el enfrentamiento con un mundo de intolerancia, que pronto conoció cambios acelerados y constantes.

Con este telón de fondo se aprecia mejor la obra que aquí nos interesa, *Insumisos*, una de las últimas de Todorov. No es difícil englobar bajo este título a los autores a quienes hemos hecho referencia.

La obra de Todorov trata de ciertos personajes que a lo largo del siglo XX se vieron ante el reto de conciliar las exigencias morales con la acción pública, lo que dio origen a respuestas diversas. Por ello la obra trata de vidas (biografías), de pensamientos y de acciones.

RESEÑAS

El autor explica su selección de los personajes desde el inicio (pp. 31-32): las dos primeras mujeres —Etty Hillesum en Holanda y Germaine Tillion en Francia— conocieron la ocupación alemana y la brutal persecución de los judíos realizada por el nacionalsocialismo. Enseguida vienen Boris Pasternak y Aleksander Solzhenitsyn, del periodo de la represión comunista en la Unión Soviética. Todorov regresa a Germaine Tillion, ahora en Argelia, y se ocupa de Nelson Mandela en Sudáfrica, Malcolm X en Estados Unidos y el caso de Edward Snowden, a quienes les tocó vivir situaciones que tienen que ver con las desigualdades entre dos segmentos de la población.

Todos estos personajes se encontraron envueltos en problemas relacionados con la acción y al mismo tiempo con la reflexión, con la práctica y con la teoría. Todos vivieron situaciones muy difíciles y dieron respuestas diversas, en ocasiones semejantes, pero en otras, incompatibles unas con otras. Unos estuvieron fuertemente anclados a sus creencias religiosas, mientras que otros tuvieron distintos tipos de motivaciones. Aunque sus nombres son más o menos conocidos, dice el autor, “sus opciones éticas no han recibido toda la atención que merecen” (p. 32), y este es uno de los principales intereses de la obra: se trata de opciones radicales de carácter moral, en las cuales el sentido de justicia, el recurso a la fortaleza y la orientación de la prudencia fueron esenciales. Las circunstancias pueden ser más o menos semejantes, al igual que los problemas, pero las decisiones fueron diferentes. Es toda la importancia y el misterio de la vida moral la que se destaca.

148

Se pasa así revista, con un estilo ágil y de gran interés, a los rasgos biográficos de mayor importancia: Etty Hillesum y el drama vivido en Holanda por la persecución de los judíos, su renuncia a toda acción política, la profunda influencia que ejerció en ella Julius Spier, que la llevó a conocerse mejor a sí misma; el amor a todo lo creado que esa relación le hizo conocer, y el esfuerzo por arrancar de su ser todo odio y sed de venganza, concretamente de los alemanes que trataron de exterminarla a ella y a sus semejantes; la profundización en su vida interior, las tribulaciones que conoció y la pesadilla que terminó con su existencia. “Etty se niega a someterse al clima de odio instaurado por el ocupante nazi, y también a las reacciones que serían reflejo de la agresión sufrida. En este sentido, es una ‘insumisa’ que no pretende ofrecer resistencia al agresor luchando. Incluso expresa cierta desconfianza respecto de toda forma de reacción violenta contra el ocupante, porque no puede concebir que sea posible resistir sin odio” (p. 54). Etty, bello ejemplo de quien vence al odio con amor.

Germaine Tillion, católica francesa que sobrevivió al drama de la ocupación alemana y de la Resistencia francesa, simpatizó con la violencia dirigida a los ocupantes alemanes, aunque nunca llegó a tomar parte. Germaine siempre se resistió al odio, pues “nunca es inevitable” (p. 62). Al terminar la guerra, se dedicó a resistir a todos los regímenes totalitarios. En el conflicto argelino, se sintió desgarrada entre Francia y Argelia y comenzó a abrigar un sentimiento de compasión por todos los que sufren, que trascendió los límites nacionales. “Su humanismo mantiene un único valor sagrado: la dignidad de los seres humanos tomados de uno en uno” (p. 82).

Boris Pasternak y Aleksandr Solzhenitsyn, dos literatos rusos ganadores del Premio Nobel de Literatura, se enfrentaron a un poder totalitario extremo. Pasternak vivió la represión despiadada de Stalin, que solo terminó con la muerte de este en 1953. Pasternak conoció muy de cerca la Revolución de Octubre de 1917, y estuvo fascinado por ella durante largo tiempo. Más adelante, al igual que muchos otros intelectuales de la Unión Soviética y del exterior, se dio cuenta “del baño de sangre y de destrucción” en el cual Lenin había sumido al país (p. 85). Así, cambió su posición frente a las autoridades. Aunque la poesía de Pasternak era admirada y respetada, y el escritor sentía la necesidad de “escribir algo verdadero” (p. 111). Enfermo, agradecía a Dios “por haberme preparado toda la vida para esta noche” (p. 113). Al recobrar la salud se sintió preparado para la acción: su obra es declarada apolítica e inútil. Se volcó a una vida más retirada, más íntima y, sobre todo, se dedicó a escribir *Doctor Zhivago*, con la que recobró su libertad interior y una alegría profunda. *Zhivago* conoció un gran éxito fuera de la Unión Soviética. Pasternak fue premiado con el Nobel, pero fue presionado por las autoridades para rechazarlo, declarar que se había equivocado y había creado problemas al régimen “por su culpa” (p. 137). Esta retractación le ganó las críticas de Mstislav Rostropóvich, Solzhenitsyn y otros disidentes.

La misma fascinación por la escritura sintió Solzhenitsyn, cuyo sueño desde muy joven fue escribir sobre la Revolución de Octubre. En febrero de 1945, su vida cambió al ser detenido por sus opiniones acerca de Stalin, expresadas en su correspondencia con un amigo. En la cárcel y el campo de trabajos forzados forjó su carácter y obra. Adoptó la misión de contar la verdad, en toda su desnudez y horror. El arte le permitió no refugiarse en la mentira y luchó con la literatura contra la injusticia. Toda su obra tiene una dimensión moral y así, escribe, por ejemplo: “la unidad de la antigua trinidad, formada por la Verdad, el Bien y la Belleza, quizá no es solo una fórmula vacía y marchita,

RESEÑAS

como pensábamos en nuestra presuntuosa y materialista juventud” (p. 123). Su obra literaria no había sido pensada para ser publicada, pero el contexto político es de distensión por el informe acerca de los crímenes de Stalin y el estalinismo presentado por Jrushchov en 1956, durante el XX Congreso del Partido Comunista.

En ese clima se publicó *Un día en la vida de Iván Denisovich*, descripción pormenorizada de un día cualquiera en la vida de un detenido político. La obra representa “un terrible acto de acusación contra el régimen responsable de este mundo de trabajos forzados” (p. 126). Los vientos cambiaron. El escritor comenzaba a ser reconocido y sus obras eran traducidas, comentadas y apreciadas en Occidente. Al recibir el Premio Nobel, denunció una vez más los excesos del totalitarismo soviético, al que continuó fustigando desde su exilio, primero en Suiza y posteriormente en Estados Unidos.

La actitud totalmente opuesta de Solzhenitsyn con la recepción del Premio Nobel destaca con claridad la diferencia de actitudes de los autores y la diferencia de tono que posee su rebeldía, los valores que prefieren y los tipos de “insumisión” que ejemplifican.

Por su parte, Nelson Mandela, fallecido en 2013, es un ejemplo elocuente de evolución personal para impedir una solución violenta y sanguinaria a una situación intolerable de profunda deshumanización. “El mérito corresponde a la cordura, o a lo que los antiguos llamaban prudencia, la correcta valoración de todos los elementos de una situación, por parte de los dirigentes de las partes enfrentadas, entre las cuales el primer lugar corresponde sin la menor duda a Nelson Mandela” (p. 145). Todorov describe de manera apasionante el largo camino recorrido por esta figura, con su largo encarcelamiento de veintisiete años. “En la cárcel —escribe en su autobiografía *El largo camino hacia la libertad*—, mi rabia contra los blancos se apaciguó, pero mi odio al sistema se intensificó” (p. 149). Y siempre “los adversarios de Mandela son los irreducibles de cada bando, que rechazan todo compromiso y prefieren la victoria de sus convicciones a la paz” (p. 153). Antes de llegar al poder, Mandela empezó por la táctica de hacer ruido y de impresionar, para pasar al ideal de la no violencia evangélica antes que aceptar el enfrentamiento y la violencia como única salida. Mandela se dio cuenta de que si se quiere la paz, es necesario respetar a las personas, no deshonorar al adversario, hacer concesiones, respetar la plena humanidad del otro y, a través del diálogo, convencer de la primacía de la justicia y de la democracia. Por ello pudo afirmar que “siempre he sabido que

en lo más profundo del corazón del hombre residían la misericordia y la generosidad” (p. 166).

Mandela muestra cómo una utopía se hace realidad y cómo a través del diálogo y del respeto al otro se puede lograr finalmente la paz. “Si respetamos a alguien, debemos hacer un esfuerzo por entenderlo mejor: además, si hablamos la lengua del enemigo, tenemos más posibilidades de ganarnos su simpatía y al final influir en sus puntos de vista. Virtud moral y utilidad política siguen yendo de la mano” (p. 170).

Mandela ejemplifica que la política realista y eficaz se funda en la moral. Su vida ilustra y deja entender las tensiones y los sacrificios entre la acción pública y la vida privada que enfrentan estos rebeldes.

En la parte final de la obra, Todorov trata de manera más breve y esquemática a otros personajes, empezando por Malcolm X, que llegó a la misma meta que Mandela, pero partiendo de un mundo de drogas y acciones delictivas. Malcolm X también sufrió metamorfosis profundas en los seis años pasados en la cárcel y en su afiliación a la Iglesia de la Nación del Islam. Se convirtió en enemigo de todo tipo de racismo, del blanco hacia el negro o del negro hacia el blanco, por “reconciliar en él los principios universales y la defensa de una comunidad, la renuncia al odio y la continuación de la lucha” (p. 177). Al cabo, fue asesinado por sus antiguos hermanos de lucha.

David Shulman, de la comunidad judía, destaca por su insumisión a las autoridades y su defensa de las comunidades palestinas, sobre todo durante las represalias de Gaza en 2014. Sus principios son semejantes a los de Mandela. Por último, Todorov se ocupa de Edward Snowden, defensor “de las empresas privadas que garantizan las comunicaciones” (p. 191), una rebeldía frente a autoridades que en nada se diferencian —dice Todorov—, de la Stasi, de Alemania Oriental. Para el autor, las acciones rebeldes del insumiso descansan en la rectitud moral, el respeto a la conciencia y el patriotismo (p. 197).

La obra de Todorov está llena de interés y de enseñanzas. En un mundo donde la violencia y la sinrazón campean, representa una bocanada de aire fresco y un bello alegato a favor de la integridad moral y la grandeza de acciones guiadas por la justicia y la fortaleza. Uno puede continuar reflexionando con otros ejemplos. Este es un ejercicio que debe agradecerse al autor.

JAIME RUIZ DE SANTIAGO

Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM